

El trabajo de Impact Justice en las prisiones de Estados Unidos

AUTORÍA: MICHAELA BOWMAN, VICEPRESIDENTA Y RESPONSABLE DE PROYECTOS EN IMPACT JUSTICE

Mi organización, Impact Justice, lideró recientemente a un grupo de activistas, aliados y líderes filantrópicos de Estados Unidos en un viaje a Finlandia para visitar sus prisiones y a organizaciones no gubernamentales que ofrecen vivienda y apoyo a personas dentro en el sistema de justicia penal (septiembre 2023).

También nos reunimos con expertos internacionales que ofrecen servicios de salud mental y adicciones en prisión, residenciales y basados en la comunidad, incluido Oriol Esculies de la Asociación Proyecto Hombre. Los países nórdicos se han convertido en un ejemplo para aquellas personas que están preocupadas por el sistema legal penal en Estados Unidos, y en particular, por las condiciones en nuestras prisiones.

Noruega y Finlandia son conocidos por gestionar prisiones excepcionalmente humanas, según la mayoría de los estándares globales, y ciertamente en comparación con las prisiones estadounidenses.

Sin embargo, nuestra misión no fue simplemente proporcionar a nuestro grupo un modelo de prisiones más humano, sino buscamos proporcionar un contexto para las condiciones que hay en las prisiones de Finlandia explorando el enfoque que el país tiene hacia la seguridad pública a través del bienestar social y entender cómo Finlandia ha puesto restricciones significativas al uso punitivo.

Mientras que sus prisiones ofrecen una visión de cómo un enfoque más humano del castigo puede mitigar sus inevitables daños, queríamos entender a sus instituciones en el contexto de una política nacional que no promueve las prisiones como un medio para reducir las tasas de criminalidad, sino más bien como una respuesta punitiva restringida al delito que sirve para brindar servicios sociales (por ejemplo, educación, capacitación laboral y orientación) durante sentencias relativamente cortas y con el objetivo principal de ayudar a las personas a regresar

de manera segura a sus comunidades.

En muchos aspectos, lo que encontramos en Finlandia refleja la sabiduría de décadas de experiencia e investigación que rara vez se pone en práctica, pero que ha demostrado tener éxito allí.

En primer lugar, como se mencionó, Finlandia decidió en la década de los 60 aceptar, basándose en la investigación, que las prisiones no disuaden el delito.

El país ha trabajado para reducir, casi por completo, el número de personas sin hogar, invierte en educación gratuita para todos, incluidos programas vocacionales, promueve una atención médica nacional y una amplia red de apoyos sociales para limitar la pobreza y la desigualdad.

Estos apoyos sociales son los cimientos de la seguridad pública, e invertir en ellos ha permitido que Finlandia enmarque el papel de la condena penal y las prisiones, como adyacente pero no como principal responsable de la seguridad pública del país.

Finlandia utiliza la prisión como último recurso, condenando a las personas a multas diarias y servicio comunitario para la mayoría de los primeros delitos graves y muchos segundos delitos graves. Aun así, la duración promedio de la pena de

prisión en Finlandia es de meses, no de años, y su población carcelaria es pequeña, una de las más pequeñas de Europa y entre las más pequeñas del mundo, a pesar de aumentos recientes.

Al mantener su población encarcelada pequeña, Finlandia puede invertir recursos significativos en capacitación del personal, relaciones de personal y los servicios que brinda a las personas en prisión, a menudo llamadas "clientes", de manera que el personal de prisión ve su papel como un servicio a las personas en prisión.

Las prisiones de Finlandia se organizan según el principio de que las personas, para estar sanas física y mentalmente, deben tener cierto grado de privacidad, comodidad física, alimentos saludables, oportunidades de trabajo remunerado y educación, contacto frecuente con la familia y la comunidad, y asesoramiento para sus adicciones y salud mental según sea necesario.

Logran estos objetivos asegurándose de que casi todos en prisión tengan su propia habitación y baño, organizando el día para incluir las horas típicas de trabajo y formación, pero también tiempo libre con oportunidades para relajarse y recrearse.

Las llamadas telefónicas y por vídeo son frecuentes, pero las visitas conyugales en persona y los permisos para regresar a casa también son parte integral para garantizar que las personas permanezcan conectadas con sus familias y comunidades.

El personal está capacitado en asesores y trabajo social, con prioridad en su capacidad para brindar apoyo a las personas que regresarán a casa después de estadías relativamente cortas.

La mitad de la población presa de Finlandia está alojada en prisiones abiertas, que permiten a las personas reincorporarse a muchos de los patrones naturales de vida en el mundo libre, saliendo de las instalaciones durante el día para su educación o el trabajo, pudiendo visitar a la familia y regresando a la prisión abierta por la noche para dormir. Las prisiones abiertas ofrecen un entorno más hogareño, también respaldado con asesores y asistencia en la preparación para la liberación.

En contraste, muy discutible en Estados Unidos, a pesar de algunas disminuciones recientes, encarcela a la tasa más alta de cualquier país del mundo y también al mayor número de personas por día.

Con poco más del cuatro por ciento de la población mundial,

Estados Unidos tiene aproximadamente el veinte por ciento de los prisioneros del mundo. En el período durante el cual Finlandia redujo su tasa de encarcelamiento a más de la mitad, EE. UU., desde finales de la década de los 70 hasta principios de 2000, aumentó más de diez veces su población presa, y ese aumento afectó de manera desproporcionada, y dramáticamente, a las personas negras, latinas e indígenas.

Estados Unidos ha construido instalaciones enormes, algunas con cabida para miles de personas, y que causan un daño tremendo tanto a quienes están dentro como a las comunidades más afectadas.

Hemos convertido nuestras prisiones en los hospitales mentales de facto del país después de cerrar los hospitales mentales estatales en la década de los 70. Las duraciones de las penas en Estados Unidos son significativamente más largas, en promedio, que en la mayoría de los países del mundo, y tenemos una población penitenciaria envejecida que está muriendo en estas instituciones.

Hacemos que el retorno de la prisión sea increíblemente difícil, cargando a las personas que regresan, no solo con el estigma de una condena criminal, sino también con barreras legales para el trabajo,

la educación y la vivienda, así como con una gran deuda después de años de indigencia forzada en prisión y la responsabilidad de multas, tarifas y restitución a pesar de no tener la oportunidad de ganar salarios significativos mientras están presos.

En resumen, no hay nada en el modelo de encarcelamiento de Estados Unidos que merezca ser exportado. Lo que Estados Unidos puede ofrecer, y quizás enseñar a otros, es cómo se ve la resistencia, y a menudo la resistencia creativa, a las respuestas penitenciarias a los problemas sociales.

Habiendo encarcelado a millones de personas cada año durante décadas, Estados Unidos se ha asegurado de que existan comunidades enteras donde nadie esté libre del estado penitenciario. Las organizaciones iniciadas y lideradas por personas que han sido presas y sus familias y seres queridos juegan un papel significativo en dar forma a la respuesta a nuestro sistema punitivo, y Estados Unidos no solo es hogar de un esfuerzo global para reducir el sistema penitenciario y mitigar sus daños a través de reformas, sino que también es el hogar de un movimiento abolicionista activo y creciente.

Impact Justice es una de las muchas organizaciones que

trabajan para reducir la cantidad de personas que encarcelamos en Estados Unidos, para mitigar los daños que las cárceles causan a quienes están en prisión y para ayudar a las personas a regresar a sus comunidades.

En ausencia de algo similar al compromiso de Finlandia y Noruega con la seguridad pública a través del bienestar social, Impact Justice ha desarrollado proyectos que abordan los problemas que enfrentamos de manera creativa dentro del marco de una sociedad con una falta de vivienda masiva y creciente, con una educación pública sin recursos, con un sistema de salud prohibitivamente caro, con una creciente desigualdad y donde el racismo ha impulsado nuestras concepciones de delito y respuestas punitivas durante siglos.

Nuestros proyectos son soluciones no gubernamentales a problemas que nuestras políticas fiscales y criminales han creado. Entre estos proyectos, hay varios que buscan empoderar a las personas en prisión de diversas maneras. Trabajamos para proteger a las personas del abuso sexual en prisión empleando principios fundamentales de salud pública en el enfoque de esa protección.

También brindamos oportunidades para que las personas en prisión tengan la capacidad de decisión

sobre aspectos críticos de sus vidas dentro.

Nuestro trabajo tiene como objetivo tanto mitigar los daños que la encarcelación puede causar, incluido el daño a la salud física y mental de las personas, como aumentar las oportunidades para cuando salgan.

Impact Justice también lleva a cabo un programa que aprovecha la economía compartida para proporcionar no solo vivienda, sino un hogar en el momento de la liberación, y apoyo comunitario integral durante el período de regreso de la prisión.

Si bien estos proyectos de Impact Justice están haciendo avances relativamente pequeños hacia la consecución de ese mundo tan diferente que nos gustaría crear, están contruidos sobre las bases de lo que sabemos que funciona tanto desde la investigación, la experiencia y basado en lo que vemos en otros países donde se hacen inversiones en las personas más allá de los impulsos punitivos en los que confiamos demasiado en Estados Unidos.

No hay nada en el sistema penitenciario de Estados Unidos que deba ser considerado como un modelo en otros lugares, pero la inventiva y la persistencia de las personas aquí trabajando para

alejarnos de las prisiones como mecanismo principal de seguridad pública, para empoderar a las personas dentro, para cambiar las condiciones de su encarcelamiento y para ayudar a las personas a regresar a la sociedad sirven como modelos de esperanza para un enfoque diferente y mejor.